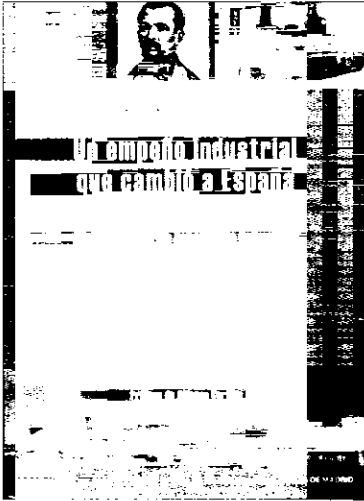




De las musas al teatro



**Un empeño industrial
que cambió a España
1850-2000 Siglo y Medio de
Ingeniería Industrial**

José María Martínez-Val Peñalosa
Edit. Síntesis, 2001

A cercarse a una obra de José María Martínez-Val (C. Real, 1951), prologada por Alfonso Cortina, requiere prudencia, rigor y concentración en la medida de la proximidad a la excelencia de la trayectoria de estas dos personas.

Es necesario señalar que cuento con una ventaja, que se pone de manifiesto en la sola lectura del Índice y los primeros párrafos. Es el reconocimiento inmediato del orden y de los giros de expresión: ¿Cómo olvidar las lecciones específicas de Redacción de don José María (padre), independientemente del famoso estilo de sus exposiciones pedagógicas como catedrático de Historia?

Nada menos que la conexión y el tránsito entre la inteligencia de la abstracción y la inteligencia de la acción. Es decir, la Inteligencia. Glosa muy apresurada, pero muy revisada que, desde hace muchos años, pude entresacar de una pequeña parte del pensamiento del maestro Goethe: Es imprescindible conocer la utilidad de una idea y alcan-

zar a comprender el modo de llevarla a la práctica. En castellano corriente: "De las musas al teatro", gracias a aquel prodigio de improvisadores, poeta de maravilloso natural, que borraba (corregía) tanto sus escritos que era imposible copiarlos y se llamó Lope Félix de Vega y Carpio.

El libro que nos ocupa es de Historia, una ciencia de las Humanidades. Es el libro de un técnico. Es una obra ciertamente bien hilada, medida y concluida. Lo extraordinario del caso es la conjunción de la suma de las proporciones, las propias proporciones y la claridad de la exposición con las reflexiones, planteamientos, conclusiones y guías que establece y permite establecer tanta y tan bien traída cantidad de conocimiento que, en otro orden y medida, resultaría, con toda seguridad, apabullante, aburrida y, por lo tanto, abandonada.

Para ser más concreto, aquellas cosas de las que entiendo están recogidas con la luz que no deslumbra. Dirigida al asunto y no a los ojos del lector. Además, aporta datos, personajes claves, anécdotas y descripción de situaciones que hacen encajar las siempre inevitables piezas que faltaban para que "suene redondo" el discurso inicialmente concebido.

Esta opinión, seguramente, será compartida por otros expertos, en mi oficio o en otros. Inevitablemente, surgirán aspectos a matizar o añadir, como, por ejemplo, el efecto de la presión medioambiental en las estrategias y esquemas del Refino de petróleo. Sin duda, el profesor Martínez-Val sabrá recoger y valorar las sugerencias que puedan aportarse. Se desprende de la obra su obsesión por la Mejora Continua.

En la otra mayor parte, las cosas que ignoro (me pagan por lo que sé y dese-aría que me pagaran por lo que no sé), la divulgación es de una calidad del más alto grado que puedo evaluar. Nada de "Guafaburros", pero permitiría construirlas. Nada vulgar, pero accesible a la cultura popular de quien quiera acercarse. En definitiva, la lección gratuita que sólo está al alcance de los maestros.

Está escrito en lo que el maestro

Machado llamaría la prosa didáctica. Está escrito en serio, pero con esa "chispita" de ironía que nunca está de más. De forma que, quienes conocemos a José María Martínez-Val, podemos seguir pensando que es un sabio de su tiempo y ... hasta intentaremos leerlo.

En conclusión, estamos ante una obra imprescindible para los técnicos de cualquier especialidad industrial, para los estudiantes que tienen vocación y para los que no la tienen: Creo que debería ser comentada en los cursos medios de Facultades y Escuelas Técnicas Universitarias. Por otra parte, ofrece salida y bálsamo para los no técnicos, que necesitan comprender según que pasos –todos– de la evolución española del último siglo y medio o sientan "el gusanillo" de la curiosidad industrial.

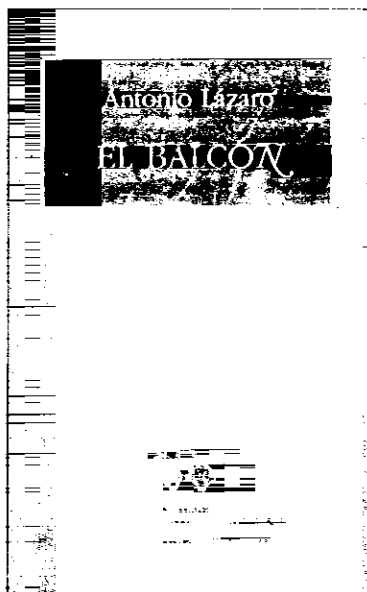
Por último, un comentario más profundo sobre las reflexiones del Profesor. Se desprende del libro el rigor sobre el tratamiento de la información como método –único admitido– de establecer el conocimiento y, tanto el título de la obra ... "empeño..." como la última conclusión ... "esfuerzo" ... son las palabras claves de lo que hemos llamado la Inteligencia. No conozco otra forma de comprender, de poner en práctica, de conducir, que el esfuerzo sostenido en la tarea de aplicación del más profundo conocimiento, proceso que, obligatoriamente, exige realimentación continua.

En consecuencia, estoy seguro de que, tanto José María Martínez-Val como mis queridos colegas del Colegio de Ingenieros Industriales, me permitirán que asocie mi procedencia: "Sibi Domum + Sapientia Aedificavit" con su lema: "Dinicanos Manemus". Construyamos el conocimiento y permanezcamos en el esfuerzo.

Una vez más: "De las musas al Teatro", continuamente.

Jesús Talavera, Químico Industrial

Cotidianeidad y misterio



El balcón

Antonio Lázaro

Cuenca, El toro de Barro, Diputación de Cuenca, 2001, 80 pags.

Al comenzar a adentrarse en esta última obra de Antonio Lázaro, a través de su *flash-back* inicial, el lector ya puede columbrar su característica metaliteraria que va a serpentear, junto con la ponderada intriga de su planteamiento, en una reflexión del mundo de “la escritura, que —de algún modo— mata siempre a la vida, certifica al menos su extinción, su esencial fugacidad”, como se dictamina al final de la obra, aludiendo intermitentemente en su tesis al repetido diagnóstico de la enfermedad real y el fantasmal síntoma literario, pues “la literatura es un fatal en la noche y una sombra al mediodía”.

Estructurada inmejorablemente en torno a la máxima aristotélica del acoplamiento narrativo (planteamiento, nudo, desenlace, enriquecidos en el referente retrospectivo presente en todo el relato), *El balcón* —un balcón como suprametáfora del enigma argumental— exhibe una excelente fábula sostenida

en una ajustada disposición de los hechos contruidos con una verosimilitud que destila una fuga poética llenándola de fragancia, tanto en los diálogos (“Vive más el instante, cada instante. No estés siempre en lo que fue o en lo que pudo ser—”, dirigido al poeta, siempre doliente en este desajuste) como en las descripciones: “En las ciudades la tarde tiene esos paréntesis, casi zen, en que entre el fragor de los claxons, las sirenas, los atascos y esa como sonora exudación de multitudes en tránsito, de repente se escuchan los trinos de algún pájaro, maullidos de gato o el paso, estremecedor y sutil, de una brisa con fragancia de verdura de las eras salpicadas de ababoles. Era la primavera y su fuerza hacía irrumpir algo del campo en medio del asfalto y de la prisa.”

El balcón hace transmitir una historia y su suspense, poco a poco, frase tras frase, en un estilo que, no siendo elíptico, es muy preciso, conciso, para ir descubriendo, tranquilamente y deleitándose, la verdad final del relato. Cinco personajes se mueven reiterando un presente pertinaz, sólo debilitados ante el amor o sus motivaciones (“después del amor, fuman hasta los que no fuman”), girando alrededor de la miseria ocasionada por la faz de la especulación literaria, teniendo el tiempo en contra y a favor, tiempo que se reflexiona, por encima de la psicología de los personajes, como el verdadero sedimento del éxito sincero de la pieza literaria: “El cierre del relato es decisivo. La clave de su fracaso o de su éxito. La huella del efecto final es lo que permanece en la memoria del lector.” Antonio Lázaro opta así por un necesario factor sorpresa que actúe en la impresión del receptor como una impronta cerrada y objetual.

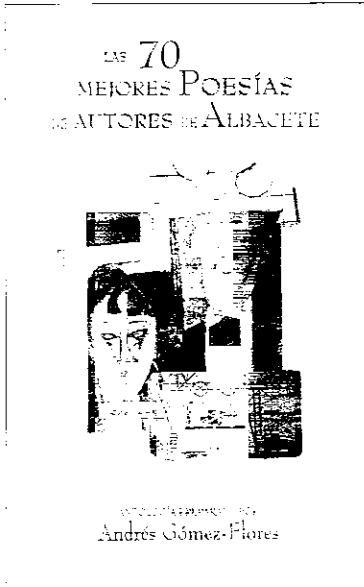
La lectura de *El balcón* muestra el dilema entre cotidianeidad y misterio entendido como fuerza poética. Novela que comunica actos decisivos, abruptos, contundentes, conjugados, sin abjurar de su estatuto de novela de género, con la ternura en el empeño de presentar una radiografía arquetípica del hombre-artista: “Le gustaban también el té muy

cargado y el tabaco de pipa. No constantemente pero sí de vez en cuando. llenaba su vieja cachimba requemada y se ponía a fumar parsimoniosamente. // Mateo llegó a pensar que Guzmán necesitaba, simplemente, calor humano.”; más: “El viejo caballero con cara de niño (esa cara infantil de los poetas y los artistas) y bohemia indumentaria”.

Muchas claves de esta novela son textuales, referencias a libros (especial significación tiene Valle Inclán y los espejos deformantes de *Luces de bohemia*); libros que, al modo borgiano, se realizan como un mapa que orienta hacia la esencia y la sentimentalidad del mundo; baste sólo comprobar, en este aspecto, que un texto se alza en la narración como un gran personaje endemoniado. Y lo cierto es que en este relato fragante, donde la narración se encara con expresiones trágicas y serenas, se intenta, como dice el propio texto, “hallar un punto de convergencia entre vida y literatura”.

Amador Palacios

Las dos caras de la poesía



Las 70 mejores poesías de autores de Albacete

Andrés Gómez-Flores

Los Libros del Sur / Alessandri Ed. 2001.
188 págs.

La generación fanzine. Poetas de Albacete para el siglo XXI

Arturo Tondero López.

Albacete, Diputación, 2001, 286 págs.

Vivimos tiempos de antologías: unas para cerrar el siglo XX, otras para abrir el siglo XXI, y otras varias para mostrar la variedad (virtual, porque se repiten los mismos nombres en prácticamente todas ellas) del actual panorama poético español, como demuestra un breve recorrido por algunas de esas recopilaciones, que en un rápido *traveling* irían desde José Luis García Martín hasta Isla Correyero, pasando por el *boss* de la crítica de poesía en España, Miguel García-Posada. Eso sí, en todas estas antologías se comprueba un hecho curioso, y es que, como ha venido sucediendo desde la década de los 80', lo más destacable se sigue cociendo en provincias, de ahí el interés de estas dos entregas que rese-

ñamos, muy diferentes en intenciones y contenidos.

Andrés Gómez-Flores (Albacete, 1953) es una de las figuras esenciales para entender el florecimiento de la cultura literaria en Albacete en el último cuarto del siglo XX. Su papel al frente de la Editora de la Diputación de Albacete a comienzos de la década de los 90' y su producción literaria (*Espiral deterioro*, Albacete, Gráficas Fuentes, 1979 y *Blanco del olvido*, Albacete, Diputación Provincial, 1998) lo sitúan como uno de los autores más destacados de la capital manchega, por su indudable talento literario y su mecenazgo ejercido dilatadamente con el resto de autores locales. Ahora deja al margen su propia producción para ejercer de *lector modelo*, como diría Umberto Eco, y sumergirse en las letras albaceteñas para ofrecernos los textos que –según su gusto– son los más destacables: 70, en una pirueta literaria de trasfondo casi bíblico. Se trata, por tanto, de una lectura particular de la historia de una poesía que arranca con el *Romanero* y se cierra con Ángel Aguilar, Juan Carlos Marsel y Luis Martínez-Falero. Así, nos hallamos ante quinientos años –aproximadamente– de poesía recogida en estas páginas.

La técnica es ciertamente arriesgada. Arriesgada porque deja al margen a poetas en plena boga en cuanto a producción y publicación, así como por la inclusión de textos de autores vivos, que quizá estos autores no estiman en muchos casos como lo más destacados o significativo de su producción. Pero tal criterio, el seguido por el antólogo, es siempre respetable: es su lectura de este medio milenio de tradición poética en Albacete, y quien disienta siempre podrá releer todos los materiales que a buen seguro ha sometido a escrutinio Gómez-Flores para llevar a cabo su selección, pudiendo realizar así una antología diferente. De otro modo, criticar la tarea de Gómez-Flores sería practicar lo que Antonio García Berrio denomina "técnica del mosquito", consistente en picar aquí y allá sin un criterio firme y sin entrar en la cuestión de fondo que sustenta la obra entera. Por

tratarse de un gran conocedor de la cultura escrita (en verso y en prosa) en Albacete, su criterio parece, desde luego, sólido. Pero sobre todo Gómez-Flores consagra una tradición literaria albaceteña y a los autores que forman parte de este trabajo, ya punto de referencia obligado para lectores e investigadores interesados en la lírica de una ciudad que ha dado a lo largo del siglo XX lo mejor de su historia cultural, no sólo por la calidad de las obras, sino también por la cantidad de autores y tendencias.

Pero existe otra forma de plantear una recopilación de autores: la generacional. No se trata, pues, de consagrar y guardar para la posteridad (como ha llevado a cabo Gómez-Flores), sino de mostrar, de ofrecer un panorama amplio de nombres y tendencias. Así pues, se trata de una tarea de difusión y en buena medida de puesta en escena de autores poco o nada conocidos, en su mayoría –habitualmente– inéditos en forma de libro. Porque esta otra forma de concebir la recopilación consiste también en reunir textos que andaban desperdigados por revistas y *fanzines* varios. Y ésta ha sido la labor de Arturo Tondero (Albacete, 1961) como antólogo, tras haber dado ya un par de libros de poemas a la imprenta (*Una senda de aldeas cotidianas*, Albacete, Diputación, 1991 y *Las aves sin dueño*, Albacete, Diputación, 2000) y codirigir con notable acierto la revista *La Siesta del Lobo*.

Ahora bien, ¿cuál es el mejor criterio a seguir para realizar una recopilación de estas características? ¿Caben todos los jóvenes que escriben en las nuevas revistas y *fanzines* surgidos en Albacete en los últimos años del siglo XX o se haría necesaria una poda que permitiera ver el bosque entre tal espesura de nombres? He aquí el dilema.

A este respecto, recuerdo una antología similar a la elaborada por Arturo Tondero, aparecida en 1986 bajo el título *Todos de etiqueta. Antología de inéditos* (selección y prólogo de Tomás Salvador González), y que recogía la producción de unos cuarenta poetas

jóvenes e inéditos castellano-leoneses. Al cabo de los años sólo cuatro (literalmente) han logrado romper sus barreras geográficas y alcanzar cierto nombre a nivel nacional; o, lo que es lo mismo, publicar en sellos editoriales con una distribución decente. Si se publica, se supone que es para llegar a un público más amplio, no para quedarse en casa o en el barrio (esta perogrullada nos la repetimos los que escribimos poesía siempre que acabamos un libro). Por tanto, uno mira los nombres y las fotos de los incluidos en la antología como intentando adivinar quién conocerá la gloria de dejar de ser carne de *fanzine* (jugosa y fresca en muchos casos), para pasar a ser una *delicatesen* en las librerías del territorio patrio. Es cierto que Andrés García Cerdán ha deslumbrado ya con sus libros (aparecidos o distribuidos con posterioridad a la aparición de esta antología de Tendero), y al que recientemente un jurado compuesto por primerísimas figuras de la poesía española contemporánea (José Hierro, Blanca Andreu, Eloy Sánchez Rosillo, Antonio Porpetta y Salvador García Jiménez) ha concedido el premio "Antonio Oliver Belmás" (uno de esos galardones literarios cuya importancia radica en la calidad del jurado más que en el nombre del premio) a su libro *La cuarta persona del singular*. Y en esta antología de Arturo Tendero, junto a García Cerdán, nombres como ASWAD (pseudónimo de Ana Julia González), Gracia Aguilar, Mercedes Díaz Villarias, Jaufré Rudel... que —sin lugar a dudas— nos ofrecen una poesía cargada de referencias metaliterarias unas veces, y urbana y sentimental en otras ocasiones. Y lo realmente destacable, aun a estas alturas de la vida, es la presencia de mujeres. Hasta hoy sólo había habido dos mujeres con luz propia en la joven poesía de Albacete: Rosario Díaz (1965) y Cruz Campayo (1966). En esta *Generación fanzine*, esta nómina se amplía lo suficiente como para poder afirmar ya de manera categórica esta presencia casi en igualdad de número y —sin duda— en igualdad de calidad en el mundo literario local.

Ahora bien, en el conjunto de esta antología se detecta un problema esencial en la poesía española de finales del siglo XX. Decía recientemente Victoriano Crémer que se echaba de menos en la última poesía española el pulso de lo humano, un resto de sentimiento, de alma. No cabe duda de que el seguimiento masivo de corrientes como la *nueva sentimentalidad* y el *realismo sucio* (su esbozo) nos ha devuelto a una poesía deshumanizada (más si cabe por el *culturalismo* extremo que algunos cultivaron desde los primeros años 70), cargada o incluso lastrada por un exceso de vida urbana sin más y por el empleo del texto como pretexto para hablar de lo que ya han hablado otros, para imitar formas y temas, estilos en definitiva, de los grandes popes de esas corrientes. Y eso queda reflejado en la antología de Tendero, cuando se descubren muchas voces que, paradójicamente, no poseen voz propia. Es lo que podríamos denominar *afonía poética*. Pero es producto y parte consustancial del muestrario generacional, incluso a nivel del resto del Estado.

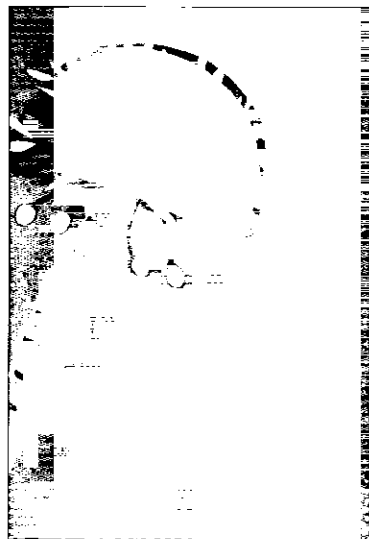
Sin embargo, si se trata de un muestrario sin poder, uno echa de menos la voz de Simón Gil, en quien muchos confiamos como uno de los poetas que han de sonar fuerte en el panorama poético español en no muchos años. Dicho de otro modo: no están todos y falta uno esencial (por no decir más de uno) para entender el panorama de la joven poesía albaceteña.

Pero, por encima de estas consideraciones, queda la ingrata tarea del antólogo. En este sentido, el esfuerzo de Arturo Tendero es más que loable, clasificando y situando la ingente cantidad de materiales, nombres y tendencias estéticas que era necesario moldear en forma de libro. También resulta de interés su introducción, trazando con brevedad la historia de la poesía albaceteña en el último medio siglo. Es por tanto un texto dispar y rico, que muestra las miserias y las bondades de la última poesía española, aunque bajo el prisma de ese microcosmos cultural que es Albacete.

Dos visiones diferentes del hecho poético en Albacete, el palpito de lo recién creado y la reflexión ante una trayectoria de siglos, la lectura reposada (como quien degusta un vino añejo) de Andrés Gómez-Flores y la cata de la próxima gran cosecha en la antología de Arturo Tendero. En definitiva, la consagración y la lucha por consagrarse, por llegar a tener una voz en el infinito coro de los poetas que empiezan: las dos caras de la literatura, complementarias y ciertas.

Luis Martínez-Falero

Fuerza de advenimiento



El templo sumergido.

Badr Shaker As-sayyab

Antología poética (1948-1964)

Edición Bilingüe.

Traducción de Luis Miguel Cañada

Edita: CEDMA, Málaga

Directores de la colección: Aurora Luque

y Jesús Aguado

Vo sacudi el rocío de sus pastos, ni besé su manto de bruma. La tierra tenía un corazón... El traductor toca las palabras —a un tiempo la creación— y perrrechado en su

carga semántica adaptada las impulsas, siendo artífice y reflejo. Implícito en él salvaguardar la calidad del testigo de sensaciones, y el espíritu integrado de un espíritu primero.

Privilegiada intención configurar el instante, llevar hacia soledades y tensión; y a la identidad del otro, de su mundo revelado: donde están todos los nombres, lugar para la memoria, un entender paralelo del fértil camino ignoto. *No sacudi el rocío de sus pastos, ni besé su manto de bruma. ¡ Ay, Yaykor, Yaykor...*

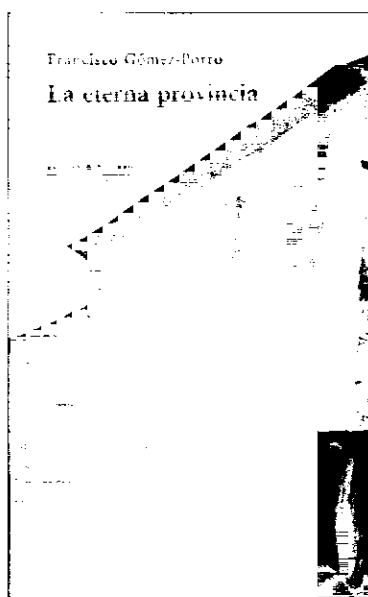
AS-SAYYAB (1926-1964), nacido en la confluencia del Éufrates y el Tigris, dejó tras su muerte prematura siete divanes cargados de compromiso social, en los que sintetizó las tradiciones mesopotámica y bíblica, al tiempo que abría las puertas a la modernidad poética en lengua árabe. Fundador del Movimiento del Verso Libre, luchó contra la certeza de que POESÍA es el verso rimado y medido, tras más de mil años de prosodia clásica árabe. Treinta monografías y doscientos artículos dedicados a su obra avalan su renombre. Recorre sus escritos una brillante oscuridad estrictamente funcional: cuatro etapas: romántica, realista, simbolista y existencial. "El canto de la Lluvia" es considerada su obra de madurez, representa un cambio cualitativo desde todos los ámbitos: forma, construcción, contenido e imagen. En "El templo sumergido" –diván que da título a esta antología– su poesía, apocalíptica muchas veces, se hace más introspectiva y subjetiva, menos pública y política. Cabe añadir su proximación al mundo de la traducción, reveladora de sus intereses como lector: Louis Aragon, Nazim Hikmet y poemas de autores tan diversos como Ezra Pound, T. S. Eliot, Day Lewis, Stephen Spender, Walter de la Mare, Rilke, Lorca, o Prèvert y Rimbaud.

Esta versión ha sido realizada a partir del original árabe que recoge las obras completas de As-Sayyab bajo el título de Diwan Badr Shaker As-Sayyab. Beirut: Dar Al-Awda, 1986. (Extracto del prólogo).

Luis Miguel Cañada se ocupa del Observatorio de la Traducción del Árabe en la Escuela de Traductores de Toledo, una prestigiosa institución, hoy integrada en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Castilla-La Mancha y dirigida con precisión por Miguel Hernando de Larramendi. "Las Ediciones del Oriente y del Mediterráneo", en su colección "Memorias", al cuidado de Gonzalo Fernández Parrilla acogen trabajos de este exquisito traductor; caben señalar traducciones de escritores tan significativos como Abderrahmán Munif, Lise London o Yabra Ibrahim Yabra, muchas de ellas, en colaboración con María Luz Comendador.

María Muñoz

Apartar la luz



La eterna provincia.
Francisco Gómez Porro
Madrid, 2001

Una imaginé que subiría un monte de espaldas. Así lo hice leyendo *La eterna provincia*: subí un monte de espaldas. Hay buena y mala poesía. La mala me produce

una sensación de claustrofobia. La buena, una sensación de alivio inmediato. No soy crítico. Escribo estas líneas con absoluta libertad. La eterna provincia, último libro de Francisco Gómez-Porro, es uno de los mejores poemarios que he leído en los últimos tiempos. Gómez Porro es el vigilante al que pregunto ¿hacia dónde? Desde Puertollano hacia Córdoba hay una tierra inmensa donde se puede dormir al raso, dejando de pensar en el poder.

La crítica mediático-literaria antes no existía. Los libros se defendían a sí mismos. No eran material clasificable, sino prolífica existencia vivificante.

La eterna provincia me desahoga. Es un gradiente de humanidad y de belleza. Las cosas extintas parecen vistas por un fantasma diurno. Este es un libro diurno que se apoya en la verdad de lo verdadero. Esa mirada sonámbula que se desliza sobre la piel de la muerte ajena, manchando las paredes de amarillo. Cuánto he tardado en descubrir qué oficio es apartar la luz... Luz, ahí está una de las claves del libro. La sombra de una cepa es la luz de una raíz luminosa. Cada verso proyecta una pequeña sombra sobre el papel. Estos versos desempacan la emoción contenida en los ojos. Una palabra empuja a la otra y ésta a la que tiene delante. Se empujan hacia una metafísica de la emotividad, del perdón, de la misericordia.

Se escribe todo esto desde un tiempo de redención. El libro es un regalo. Lentamente va hacia un centro emotivo:

Por amor se empobreció mi verso.../ como si un lugar en medio de la luz / me convidara a oscurecerme / a cantar de la vida lo más neutro.

Se trata de un libro epifánico. Siento lo difícil que debe ser estrechar todos esos límites del tiempo y existencia para un *continuum* de claridad antes de que todo sea agitado por la última solana. Porrosse desnubre en vez de nutrirse y en esa desnutrición va asolando todas las páginas con una humildad no exactamente sencilla pero sí tan diáfana como hermosa. Y es en ese proyecto de

hacerlo todo diáfano de donde manan las imágenes, justas y transparentes. Porro es un poeta flamígero. Me gustaría espíarlo tras unas cortinas mientras escribe. Su letra pequeña, medio escondida, afectiva, su flaco cuerpo, sus ojos de pájaro, su amor profundo por lo que hace. El es el vigilante: de él he aprendido algunas de las cosas más valiosas, como "apartar la luz". Viva la poesía de Francisco Gómez Porro.

Miguel Ángel Curiel

Esperpentos manchegos



Una bandada de mujeres muertas.
Carlos Martínez Montesinos
Editorial Lengua de trapo, 2000. 192 págs.

Carlos Martínez Montesinos, natural de Albacete, 35 años, es con seguridad uno de los nuevos autores castellano manchegos más prometedores. El libro que aquí comento nos presenta bajo créditos de humor negro, surrealista y fantástico, vidas de personajes trasmutados en santos, psicópatas, hambrientos sexuales y otros de esa talla. En la lectura nos encontramos con que uno de ellos nos señala que lo que ocurre en su historia no es más raro

que otras cosas. ¿qué cosas?, pregunta el otro, y ahora viene la respuesta: —Un invierno teledirigido. ... Un abuelo triturado. Un escuadrón de monjas abri-llantadoras.

Una bandada de mujeres muertas volando hacia el sur. En el campo de las visiones fantásticas y truculentas, la literatura ha sabido recoger cosechas enormemente importantes. Para la mano de Martínez Montesinos todo es contable y de forma que nos produzca alteración suficiente como para leer separados de nuestro entorno. Su narrativa me recuerda a los esperpentos de Valle Inclán, en otras ocasiones a Gómez de la Serna, y alejándose de por aquí a Boris Vian, o a Horace Walpole; esos autores me salen de la memoria como pompas que se unen a su nombre.

Emplear el absurdo, la exageración, como delatora y detonante de un explosivo contra la realidad, exige del autor un foco narrativo, un punto de vista distanciado y capaz de que aquello que mira resulte distorsionado en la exposición, pero que tenga tal fuerza metafórica que detrás de ello palpite el monstruo de lo cotidiano. El humor, y el humor negro, son una buena ciudad para vivir. Reirse de lo grave no es faltar al respeto. La moralina es un barniz que nos hace rígidos y no nos deja respirar. Martínez Montesinos va desde la descripción de un automóvil "que al arrancarlo soltaba unos trabucazos de infarto que atraían la lluvia, te subían las uñas de los pies a la garganta y desbarataban el mecanismo de los animales; enrababan a los perros, chocolateaban las tetas de las vacas y hacían poner a las gallinas huevos de broma con yemas de cartón o peor, habitados de arañajos abominables que al cascarlos salían volando por la cocina y si te descuidabas te taladraban la cabeza a agujonazos", a exposiciones como la siguiente: "Para festejar el día de Todos los Santos Rosita se crucificó en el descampado de detrás del colegio. Se clavó nadie sabe cómo ella solita a tres metros del suelo, en un poste de la luz. ... Tenía una sonrisa repugnante colgándole lo mismo que un moco de la nariz, y un chorreo

de sangre en los brazos que no consintió lavarse. Porque nosequé del dolor y la redención de los pecados, comentaron entre sí los asistentes. Amén". Se pone de relieve la ausencia de fronteras para la literatura.

Nuestro autor, aun dejando nombres de lugares que suenan a campo, ha borrado las referencias espaciales que pudiésemos identificar, consiguiendo así un mayor resalte del acontecimiento burlesco, poniéndonos en el juego y haciéndonos cómplices de la inventiva.

Hay además en este libro una afirmación en la manera de narrar, una intención que lo caracteriza en la búsqueda de lenguaje, haciendo que en algunos momentos resulte especialmente atractivo. También hay alguno de los relatos más flojo y que merecería un mayor trabajo, pero en conjunto este libro, reconocido con el XI Premio de Narrativa Torrente Ballester, nos pone ante un autor del que esperamos más, tanto en su exigencia como en una nueva obra.

Ramón Pedregal Casanova

Estacazo de luz, metralla de silencio

José Luis Loarce
EL INTERIOR DEL SOMBRERO
(Breves desórdenes críticos)



El interior del sombrero. (Breves desórdenes críticos).

José Luis Loarce.

Ediciones Subriest. Tomelloso 2001.

198 páginas.

Cuando un escritor de periódicos resuelve la agrupación de sus trabajos como un todo unitario, se plantea varias cuestiones cruciales que apuntalan el alma de algún misterio y el fondo de alguna veladura nítida. La primera de esas cuestiones, y no menor, es su propio engaño o su propia traición: al ver como lo que fue concebido para ser leído una sola vez, adquiere la dimensión de la doble lectura que ya le perseguirá de por vida como una maldición bíblica. Decía Cyril Conolly que la diferencia entre literatura y periodismo, es que aquella se lee dos veces o más; mientras que la escritura del diario, del periódico, duerme el poso amargo del sueño de la papelera. Por eso José Luis Loarce juega al engaño con nosotros, con esa denominación aforística y cuca: "El interior del sombrero". Pero ¿que hay dentro del sombrero que no sepamos? De sobra sabemos que el interior del sombrero

sólo explicita un forro de satén y una etiqueta del proveedor o fabricante, en una época en que tal prenda es sólo un recuerdo de su uso y una memoria del pasado cubierto por un fieltro rígido y elegante. Más allá de ello, el sombrero es la prenda más próxima de la cabeza, y que es capaz a su vez, de desvelar el significado del hombre que crece desde ese interior hacia abajo. También el interior del sombrero alude a un gesto del prestidigitador que designa un territorio de la fantasía, y que es capaz de extraer de su chistera un conejo blanco enamorado, un encintado de gasas y tules o un par de palomas viudas. Del interior del sombrero, igual que del gesto de Pulgarcito soltando chinias para fijar el itinerario de su vuelta a casa, ni más ni menos emerge un relato concatenado y coherente, que tiene una doble y fatal virtualidad.

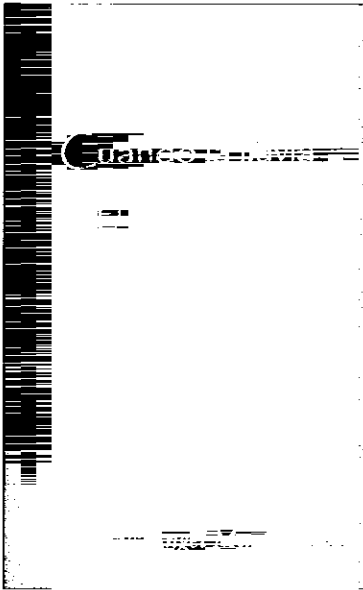
Y es esta la segunda cuestión que me interesa señalar. Ese rosario de artículos componen una doble mirada y un doble relato: del exterior (de lo que pasa fuera y se cuenta y se narra) y una crónica del interior (de los tatuajes del alma y de los rastros de la cara del escritor). El doble horizonte de esos desórdenes críticos abre, por tanto, una doble mirada: hacia fuera y hacia dentro. Para descubrir a José Luis en pantalón corto y en traje de faena; a mitad de camino de la geocultura de la cepa y de la neocultura del neón. Justamente, ese doble horizonte marca un punto medio entre la tierra prometida de la cultura y la tierra negada del lugar que le vio nacer; entre el emparrado del patio regado e Ives Klein embriagado en azules; entre el va y ven del terruño y las aristas vítreas del Kursaal; entra la foto de la infancia y la pose ajetreada del adulto urbano. Ese doble horizonte de las miradas cruzadas, no oculta el andamiaje de un oficio poseído por el extrañamiento de lo nuevo y la extrañeza de lo propio que se extingue.

La tercera cuestión de ese cruce anudado de intereses, radica en la voluntad de permanencia de aquella escritura que se temió olvidadiza y efímera. Pese a que la escritura del periódico es una

escritura para el olvido de las hemerotecas y la melancolía de los lectores; existen algunos textos masculados que son capaces de flotar por encima del tiempo imponderable. Y eso que el autor declara que "jamás fueron escritos pensando en que fueran un libro". Incluso, más aún, ese cosido de textos sueltos, desperdigados y dispersos, también le intimidan al propio autor, cuando descubre la autonomía de lo escrito, su coherencia y hasta su vigencia. Por que esa otra cuestión es el meridiano de un conflicto: Toda escritura que permanece en el tiempo y en el se imbrica, ya no es —ni creo que lo fuera nunca— de su autor; es un texto que ya nos pertenece a todos y que verifica la extinción de su autoría al afectarnos a todos. Proponiendo este juego un misterioso desplazamiento: cuanto más propia, más específica y más trabada es una escritura, más se aleja de su creador y más se diluye en la carne de sus lectores. Y esa extinción del yo escritor es lo que a veces asusta a los propios autores: ¿escribir para el olvido o ser olvidado en la escritura?, ¿metralla de silencio o estacazo de luz? Algún día habrá que inventariar, pese a todo, la memoria de esa metralla, los orificios de esa tinta perdurable y el espíritu de esos buenos artículos de escritores que aún duermen en los periódicos un injusto sueño de ecos luminosos y sonidos de luz: de García Pavón a Emilio Bernabeu, de Julián Alonso a Carlos López Bustos, de Fladío Cabañero a Ángel Crespo, de Isaac Antonino a Antón de Villareal. Artículos livianos que leídos hoy son capaces de arrastrar más información y vida, más interés y sugerencias que cientos de noticias en tropel animoso. Estos artículos de José Luis Loarce son hoy el equivalente de aquellos viejos del lugar, que supieron levantar el vuelo ingravido desde dentro de la boina o del sombrero, para trazar el trayecto de unas palomas perdidas en el celaje de una tarde, que es un poco de todos nosotros.

José Rivera

Entregar el alma



Quando la lluvia. El legítimo derecho a la intimidad

Jesús Ángel Martín

Informada eds., Guadalajara, 2001, 56 págs.

Alguien dijo una vez que ser poeta es más una condición que una profesión. Jesús Ángel Martín une a su condición de poeta la de ser un hombre profesionalmente ligado a la Cultura. Desde el año 1974 vive y trabaja por y para la promoción cultural en Guadalajara. Es miembro de la Institución "Marqués de Santillana" y del Grupo Literario "Enjambre" y *Quando la lluvia. El legítimo derecho a la intimidad* es su tercer libro de poemas. Con anterioridad vieron la luz *Cantos de un villano* en el año 1981 y *Breviario de sueños* cuatro años después. En cuanto a sus trabajos en prosa destaca su colaboración en la obra *El Quijote entre todos* y en numerosas revistas y periódicos de ámbito nacional y provincial.

Jesús Ángel es un poeta intimista, sincero, preocupado más por contar emociones vividas y sentidas que por enmarcarlas en una aureola de técnica irrefutable. Cuando se pone delante del papel se suelta la melena poética y

derrocha sentimientos. Los versos brotan de su pluma como si le estorbasen, como huyendo en busca de un lector o de un espectador, porque otra de sus facetas, tal vez la más conocida, es la de rapsoda, la de poeta del pueblo por esos pueblos de Dios. Jesús Ángel Martín es, ante todo, un gran comunicador, alguien que tiene una necesidad imperiosa de decir lo que ve, lo que vive, y adornarlo con la guirnalda colorista de la palabra.

Con la publicación de *Quando la lluvia...* y después de 15 años sin plasmar su literatura en letra impresa, tenemos ocasión de leer por tercera vez lo que siente este poeta nacido en Burgos y hecho poeta en La Alcarria. ¿Acaso la misión de todo poeta no es, como decía Lorca, dar alma? Sin duda estas dos palabras se encierra el dulce misterio de la Poesía. La generosidad es imprescindible si se quiere entregar a alguien lo que es de uno. El poeta no puede ser hurafío porque dejaría de ser poeta. De acuerdo que no se puede imaginar lo que no existe, la imaginación está limitada por la realidad, pero su camino discurre por recorridos mucho más amplios y generosos cuando hablamos de Poesía. Porque si hay algo que no admite la Poesía, además de la mezquindad, es la indiferencia. La imaginación tiene que valerse de sentimientos humanos, volvemos a Lorca, y entonces estamos hablando de inspiración: "Debes llenar de nubes tus poemas para que alguna vez lluevan sobre ellos y no se sequen demasiado". Cuando la imaginación se ha empapado de alma surge la inspiración y en ese instante el poeta se evade y crea.

Quando la lluvia. El legítimo derecho a la intimidad es un poemario, un universo poético, dividido en tres momentos: la existencia tormentosa del hombre, su peregrinar entre la lluvia y la llegada final de la calma. En esencia son los tres estados del hombre-poeta en su actitud creadora. La tormenta bien puede ser la tortuosa búsqueda de la imaginación. La lluvia, su fruto, un fruto doloroso y a la vez embriagador que se convierte en inspiración poética al

transformarse en unos versos. Y por fin, la evasión, la calma que invade por igual al poeta y al lector cuando concluyen su tarea.

Lo que uno dice de sí mismo es siempre poesía y Jesús Ángel Martín en este libro no habla de otra cosa que de Jesús Ángel Martín. Pero si no se conoce al poeta de carne y hueso *Quando la lluvia...* puede ser perfectamente la historia de cualquier vida, de un instante de una vida cualquiera en cualquier parte. El autor entrega su alma en cada verso pero en el preciso instante en que éste ha quedado plasmado en el papel, deja de ser suyo para convertirse en patrimonio de cada lector. Esta es la grandeza de la Literatura. Los libros, como las margaritas que tanto gustan a Martín, guardan siempre un pétalo escondido que es distinto para cada uno de los lectores y sólo puede ser descifrado en esa tarea íntima y callada, que es la lectura.

En esta poemario Jesús Ángel Martín se entrega, se abre de par en par para sentirse aliviado del dolor, de las heridas del desamor. Después, como si de una terapia se tratase, se esconde tras el pétalo misterioso de la margarita y deja que cada cual busque su nube. Porque, en el fondo, un poeta nunca es del todo sincero aunque su poesía sea clara como el viento.

Pedro Aguilar